

Il n'est caillette en honnête maison
Qui ne se pâme à sa douce faconde.
En vérité caillettes ont raison;
C'est le pédant le plus joli du monde!

La edad no calmó esta vivacidad. Fontenelle siguió siendo un anciano lleno de ingenio. En una de las sesiones de la Academia, deliberaban los académicos sobre si debía admitirse ó rechazarse á Piron.

Fontenelle, que tenía entonces noventa y ocho años, se había hecho transportar á la Academia. Como estaba completamente sordo, dedujo, por los gestos de algunos académicos que andaban soliviantados los ánimos.

— ¿De qué se trata? preguntó.

— Del señor Piron, le respondió La Chaussée. Todos estamos de acuerdo en reconocer que tiene derecho á ocupar el sillón; pero el caso es que ha compuesto su *Oda*, la oda que ya conocéis.

— ¡Ah, sí! repuso el autor de la *Pluralidad de los Mundos*. Si la ha hecho hay que reñirle, pero si no la ha hecho, no hay que recibirle.

No es menos picante la siguiente frase. Decíale un escritor:

— Desearía alabaros, pero para eso necesitaría la delicadeza de vuestro ingenio.

— No importa, respondió Fontenelle. Alabad de todos modos.

Revestía de cierta filosofía sus ocurrencias, que revelaban siempre la más dicreta observación.

La siguiente es muy exacta:

— Lo bueno necesita pruebas, pero lo bello no.

Se hizo bastante daño echándose las de duro y frío:

— Yo no me he admirado nunca, decía.

No conoció el entusiasmo ni los impulsos generosos. Era muy sensato y no experimentó nunca sentimientos profundos. No fué ni marido ni padre y se atrevía á sentar la siguiente máxima:

— Hay que tener el corazón frío y el estómago caliente.

Cítanse de él muy lamentables rasgos de insensibilidad.

Vivía con el Sr. d'Aube, sobrino suyo y hombre de carácter huraño. Ahora bien, á dicho señor, sólo le gustaban los espárragos con salsa, mientras que á Fontenelle sólo le gustaban á la vinagreta. Para dar

1.

Ha treinta años que un pastor nonnando
Á los ingenios dase por modelo,
Y á tratar los asuntos de alto vuelo
En estilo *precioso* está enseñando.
Y aun no contento, entre el femineo bando,
Brilla, no obstante su canoso pelo;
Y no hay damita que en su ardiente anhelo,
No se pame, sus versos escuchando.
Bien hacen si á sus luces se confían,
Pues pedante más lindo no hallarian.

gusto á ambos, preparaban la mitad de los espárragos con salsa y la otra mitad á la vinagreta. Cierta mañana en que había espárragos en el almuerzo, el desdichado Aube cayó al suelo con un ataque de apoplejía. Fontenelle corrió en seguida á la puerta y gritó á la cocinera:

— ¡Todos los espárragos á la vinagreta!

Este rasgo no le honra mucho.

La Sra. de Tencin le decía cierto día tocándole en el pecho:

— ¡Oh cuánto os compadezco, porque en lugar de corazón tenéis ahí sesos!

En realidad era así; cuando le anunciaron la muerte de la Sra. de Tencin, en cuya casa pasaba gran parte de su vida, dijo por vía de pésame y con su habitual suavidad:

— ¿Qué hemos de hacer? Iré á comer á casa de la Sra. Geoffrin.

Ésta, que era la beneficencia personificada, procuraba con frecuencia excitar su sensibilidad en favor de un infortunio cualquiera, desplegando esa elocuencia del corazón que conmueve á los más indiferentes.

Fontenelle hundíase en su gran butaca y, después de un momento de silencio, decía:

— Es una lástima.

Pero la Sra. Geoffrin era tenaz y cuando se trataba de socorrer á los desgraciados, no abandonaba fácilmente la empresa:

Fontenelle, dadme pues cincuenta lises para esos desgraciados.

Y él se los daba.

¿Cómo conciliar estos accesos de misantropía y de egoísmo con las acciones generosas que de él se conocen?

Sabiendo que Marivaux se hallaba apurado le llevó cien lises. Marivaux no los aceptó y le dijo:

— Conozco todo el valor de vuestra amistad y de la conmovedora prueba de ella que acabáis de darme. Corresponderé á ella como debo y como vos merecéis. Considero esos cien lises como recibidos y como si me hubiese servido de ellos, y os los devuelvo con el mayor agradecimiento.

No ha faltado quien diga:

— ¡Pardiez! ¡Ya sabía Fontenelle á quien se dirigía!

Este juicio es tal vez severo. En más de una ocasión dió pruebas de beneficencia y de amistad; pero era prudente y reservado y sabía proporcionar su benevolencia según el mérito de cada uno. Á veces se las echaba de duro de corazón; pero no hay que tomar sus palabras al pie de la letra.

Grimm le echó varias veces en cara la frase famosa:

— Si tuviese la mano llena de verdades, me guardaría mucho de abrirla.

Grimm se equivoca : á despecho de su frase, Fontenelle la abrió con frecuencia. Voltaire le llama el discreto Fontenelle. En efecto, no fué tan indiscreto como su censor. La siguiente frase prueba perfectamente cuánta era su delicada reserva :

— Jamás me ha ocurrido pretender poner en ridículo la más pequeña virtud.

También es digna de elogio su respuesta al Regente que le proponía aceptar la presidencia perpetua de la Academia de Ciencias :

— ¡Ah, Monseñor, no me privéis del placer de vivir con mis iguales!

Sábase además que decía, hablando de las buenas acciones, que constituyen un deber.

Contaba numerosos amigos, y como le preguntasen de qué medios se había valido para adquirirlos y para no tener ni un solo enemigo, respondía :

— Poniendo en práctica estos dos axiomas : « Todo es posible » y « Todo el mundo tiene razón ».

Vivió cien años y cuando le felicitaban por su longevidad, decía á su interlocutor :

— ¡Silencio! ¡Callaos! ¡La muerte me ha olvidado y podéis hacerle pensar en mí!

En 1757 cayó enfermo. Á edad tan avanzada el caso era grave. Su médico le preguntó si sufría.

— No siento, dijo, sino cierta dificultad para vivir.

Y á uno de sus amigos que le decía :

— ¿Qué tal va esa salud?

— No va, sino que se va.

Y agregaba dando un suspiro :

— Es ésta la primera muerte á que asisto.

En su entierro hizo observar Piron :

— Es la primera vez que el Sr. de Fontenelle sale de su casa para no ir á un convite.

Esta ocurrencia era la oración fúnebre que más convenía á aquel hombre de ingenio¹.

Montesquieu perteneció á la misma familia, pero era más grave.

Hay una medalla de Dassier que lleva la efigie de Montesquieu (1659-1755) grabada en 1753. Parece que no fué posible hacer de él un retrato más apropiado. Aquella cara lampiña, de cabellos cortos,

1. Una de las mejores ediciones de las obras de Fontenelle es la hecha en París en 1766 en 11 tomos en 8.º con el retrato del autor. (N. del T.)

aquel perfil de cónsul romano parecen hechos expresamente para la glíptica y el camafeo. El autor de las *Consideraciones sobre las causas de la grandeza de los romanos*, del *Diálogo de Sila y de Eucrates* y del *Espíritu de las leyes*, es un romano, un jurisconsulto de las orillas del Tíber, transportado al país de Ausonio y de los vascones. Deslizóse su infancia en el castillo de sus padres, los Secondat de la Brede de Montesquieu, cuyos torreones se hallan rodeados de agua y en que vive todavía su familia. Educado por los oratorianos de Juilly, siguió la carrera de derecho, perdió á su padre y heredó á un tío suyo que le dejó una plaza de presidente de mortero; tenía á la sazón diez y siete años. Su discurso de recepción demuestra ya una gran elevación, novedad y osadía en los pensamientos. Dió nuevo esplendor á la Academia de Burdeos para la que escribió memorias científicas que revelan la actividad y variedad de su ingenio.

Ignóranse las causas que pudieron impulsarle hacia las ciencias y alejarle luego de ellas. La biografía de Montesquieu es oscura é incompleta : los trabajos que ha inspirado no dan luz acerca de este punto. No sabemos de él más que lo que él mismo ha dicho.

Era de estatura mediana, delgado y nervioso. Tenía la nariz fuerte y la boca sensual, la frente deprimida y desnuda y la mirada viva; fué un gascón fino y malicioso, curioso, independiente, espíritu fuerte, galanteador hasta rayar en licencioso, orgulloso de su alcurnia, generoso, artista enamorado de la antigüedad por sus héroes y artistas, moderado, lleno de ponderación, sin pasión ni calor, observador juicioso, consejero prudente, muy al corriente de los defectos individuales y de las instituciones de estado. Se analizaba y se conocía bastante bien á sí mismo. He aquí algunos rasgos de su ingenio :

Un conocido mío decía : Voy á hacer una verdadera tontería, es decir, mi retrato, pues me conozco bastante bien. Casi nunca he tenido pesares ni menos aún hastío. Mi máquina se halla tan felizmente construida que todos los objetos me llaman la atención con suficiente viveza para causarme placer pero no lo bastante para mortificarme. El estudio ha sido para mí el soberano remedio contra el hastío de la vida; jamás he tenido un pesar que no haya disipado con una hora de lectura. Por la mañana me despierto con cierto secreto placer de ver la luz. La veo con una especie de transporte, y el resto del día estoy contento. Paso la noche en un sueño y cuando me voy á acostar siento una especie de embotamiento que me impide reflexionar. Me divierten casi tanto los tontos como la gente de ingenio; hay pocos hombres, por muy fastidiosos que hayan sido, que no me hayan distraído; con frecuencia no hay nada más distraído que un hombre ridículo. No me disgusta divertirme en mi interior con los hombres que veo; ellos pueden hacer otro tanto. Cuando viajaba por países extranjeros procuré interesarme por ellos tanto como por el mío propio, y hubiera deseado que se hallasen en estado floreciente. Nunca me ha pesado pasar por distraído, pues esto me

ha permitido incurrir en ciertos descuidos que me hubieran molestado. Me gustan las casas en que puedo salir del paso sin hacer esfuerzos de ingenio. En las conversaciones y en la mesa, me ha encantado siempre encontrar un hombre que se tomase el trabajo de querer brillar; un hombre de esta suerte presenta siempre blanco á los tiros, mientras que los demás se hallan como cubiertos con un escudo. Nada me deleita tanto como ver á un hombre fastidioso contar una historia circunstanciada, sin perdonar el menor detalle; no atiendo á la historia, sino á la manera de contarla. Me gusta más aprobar que escuchar á la mayor parte de la gente. Cuando me fío de alguien, lo hago sin reserva, pero me fío de muy pocas personas. Me gusta mucho la amistad. En mis tierras y tratándose de mis vasallos, jamás he consentido que tratasen de indisponerme con alguno. Cuando me dicen: ¡ Si supieseis las cosas que han dicho! respondo: No quiero saberlas. Si lo que querían referirme era falso, no me exponía á creerlo; si era verdadero, no quería tomarme el trabajo de cobrar odio á un gacznápiro.

Al entrar en la sociedad me anunciaron como hombre de ingenio y toda la gente de campanillas me hizo la mejor acogida. Pero cuando, gracias al éxito de las *Cartas Persas*, llegué á demostrar que acaso lo era y me granjeé cierta estima por parte del público, se enfrió el entusiasmo de mis primeros admiradores y esto me procuró no pocas contrariedades; hay que tener en cuenta que, sintiéndose interiormente humillados por la reputación de un hombre célebre se vengan de él humillándole y que hace falta que uno mismo conquiste muchos elogios para soportar con paciencia los que se hacen de otro. Confieso que soy sobrado vanidoso para desear que mis hijos consigan algún día una gran fortuna, pues sólo á fuerza de ser razonables podrían seguir estimándome; tendrían necesidad de la mayor virtud para no desdenarme y considerarían mi sepulcro como vergonzoso para ellos. Me permito creer que no lo destruirían con sus propias manos; pero si llegase á arruinarse, seguramente no lo restaurarían. Mi memoria les sería fastidiosa y mi sombra desdichada atormentaría sin cesar á los vivos. La timidez ha sido el azote de toda mi vida. Parecía hasta entorpecer mis órganos, atar mi lengua, anublar mis pensamientos y trastornar mis frases. Hallábame menos sujeto á estos fracasos en presencia de los hombres de talento que en presencia de los tontos, porque esperaba que aquellos me entenderían. Esto me inspiraba confianza. En ciertas ocasiones mi ingenio salía muy bien del paso haciendo un esfuerzo... He contraído la enfermedad de hacer libros y de considerarme feliz una vez hechos. Nunca me he complacido con el ridículo de los demás y me he mostrado muy poco exigente en cuanto á su ingenio. Era amigo de casi todas las inteligencias y enemigo de casi todos los corazones. Prefiero que me atormente mi corazón á que me atormente mi espíritu... He encargado que me hagan una cosa bastante necia: mi genealogía.

Agréguese que era bondadoso y filántropo, que salvó la vida al inglés Sully y que su beneficencia era modesta.

Todo el mundo conoce la historia del joven barquero Robert, de Marsella, que, paseando á Montesquieu en su barca, le refirió las desgracias de su padre cautivo en África y los esfuerzos que hacía su familia á fin de reunir los dos mil escudos exigidos por su rescate. Seis

semanas después se presentó el padre, rescatado secretamente por Montesquieu, libre y provisto de dinero, en su casa. Reconocido dos años más tarde en la calle por el joven, Montesquieu esquivó sus muestras de agradecimiento. Sólo después de su muerte se conoció con certeza este acto de beneficencia, merced á una nota hallada entre sus papeles, relativa á una suma de 7.506 libras pagadas al banquero inglés Main, en Cádiz.

Este aspecto de su carácter reaparece en algunas de sus obras como sus *Discursos* y el cuento de *Lisimaco*. Pasó la mayor parte de su vida en la Brède, ocupado en cultivar sus viñas. Para estudiarle más de cerca, sigamos, en su visita, á lord Charlemont:

Pusímonos en camino tan temprano, que llegamos á su castillo antes de que se levantara. El criado nos llevó á la biblioteca. Lo primero que excitó nuestra curiosidad fué un libro abierto, en el que parecía haber leído la víspera; hallábase junto al libro una lámpara encendida... Nuestro asombro subió de punto al entrar el presidente, cuyo aspecto y modales no correspondían en manera alguna á lo que esperábamos. En lugar de un filósofo severo y huraño, cuya presencia hubiera debido llenar de respeto á unos jóvenes como nosotros, nos encontramos con un francés cortés, alegre é ingenioso. Después de darnos mil gracias por la honra que le hacíamos, nos preguntó si queríamos desayunarnos, y como le respondiésemos que acabábamos de tomar un bocado en una posada vecina, nos dijo: « Pues bien, en ese caso paseémonos, el día está hermoso; me alegraré de poder enseñaros mis tierras, que he procurado arreglar y cultivar á la inglesa.

Le acompañamos á la granja y no tardamos en llegar á un lindo bosque, rodeado de un seto y en el que había varias alamedas. Cerraba la entrada una barrera de tres pies de alto, sujeta con un candado. Después de buscar la llave en los bolsillos, exclamó: « ¿ Á qué aguardar? Creo, Señores, que podréis saltar tan bien como yo; esta barrera no me impedirá pasar ».

Diciendo esto tomó carrera y saltó por encima de la barrera; imitamos su ejemplo, encantados de que aquel filósofo consintiese en ser nuestro camarada. En París le he encontrado varias veces en reuniones y siempre me han maravillado su cortesía, su obsequiosidad y su buen humor. El petimetre más consumado no podría mostrarse más divertido ni más conversador que este filósofo sexagenario.

En París, frecuentaba las casas de las Sras de Tencin, Lambert y du Deffand, la del duque de Borbón y también el Club del Entresuelo, donde se filosofaba. En casa del duque de Borbón, conoció y amó á la Sta. de Clermont, en cuyo obsequio escribió el *Templo de Gnido*, pequeño poema en prosa, especie de madrigal demasiado soso y largo (1700-1725). Sólo queda hoy un « aroma sutil de saquito perfumado y olvidado en un gabinete rococó ». Algunas páginas hacen pensar en Andrés Chénier que seguramente las leyó.

Montesquieu decía: « Mi ingenio es como un molde, del que siempre se obtienen los mismos retratos. »

Esto no deja de ser verdadero en parte; las pocas obras que nos ha dejado son como repeticiones, réplicas, estados sucesivos y cada vez más completos hasta llegar á la perfección final, en el *Espíritu de las Leyes*, y esto se observa ya en las *Cartas Persas*¹ (1721).

Las *Cartas Persas* constituyen una fecha literaria. De no existir el *Espíritu de las Leyes* hubieran bastado para clasificar á su autor entre los mejores escritores. La idea fundamental es la misma que la del *Siamés en París* de Dufreny. Dos persas, uno más alegre, Rica, y otro más reflexivo, Usbek, visitan á París, y notan sus impresiones.

Descubren, observan y refieren la vida de París, con toda la maliciosa candidez de su exotismo. Descúbrense en el libro tres elementos: La novela galante, la sátira y la parte seria. El Oriente estaba de moda, y también el libertinaje; imperaba la Regencia, y Montesquieu mostró siempre cierta inclinación al género picante. Así se ve en las *Cartas*, lo mismo que en *Arsaces é Ismenia* y en el *Viaje á Pafos*.

Chardin y las *Mil y Una Noches* habían puesto el Oriente á la moda. Á Montesquieu le sedujo, por la tendencia que en él notaba hacia lo lascivo y libertino².

En estos relatos algo libres y por consiguiente desagradables, nótase cierto esfuerzo de precisión que está completamente fuera de lugar. Si Montesquieu se hubiese limitado á reproducir los detalles de costumbres observados por Chardin, estos detalles pasarían, en rigor por notas de color local. Pero no sucede así. Montesquieu borda sobre la trama del viajero y borda á su modo de parlamentario libertino. « El pudor, dice en cierto pasaje Chardin, no permite que ni aun se acuerde uno de lo que ha oído acerca de tal asunto. » Montesquieu no ha oído lo que ha inventado y lo describe con indiscreción. Posee una notable guardarropía de harén que tiene más carácter gascón que persa y pone en juego una poligamia más europea que oriental, cuya ostentación tiene cierto no sé qué de disfrazado, ajado y anticuado. » (A. Sorel.)

1. Las *Cartas Persas* ó *Persianas* (como entonces se decía), inspiraron seguramente á Cadalso la idea de sus *Cartas Marruecas* escritas hacia 1765. En dichas *Cartas Persas* el Presidente Montesquieu con una ignorancia inexcusable en hombre tan instruido, dice una porción de paparruchas y necedades hablando de España. Dejamos la palabra al mismo Cadalso, nada sospechoso de apasionamiento, pues habla con gran encomio del autor, diciendo entre otras cosas que « sus *Cartas Persianas* andan ya bastante esparcidas. »

« Dice con mucha formalidad (Montesquieu) « que siendo la gravedad nuestra virtud característica, la demostramos en los anteojos y en los bigotes, poniendo en ellos singular veneración; que contamos como mérito especial tener un estoque y tocar, aunque sea mal, la guitarra...; que hacemos consistir el honor de las mujeres en que tapen las puntas de los pies, permitiendo que lleven los pechos descubiertos; que las novelas y libros escolásticos son los únicos que tenemos; que no tenemos más que un libro bueno, á saber uno que ridiculiza todos los restantes, etc., etc. » (Cadalso, *Los Eruditos á la violeta*, pág. 126.) No hay que olvidar que, aunque hay franceses cultos que nos hacen justicia y nos estiman, todavía hay muchos, aun entre los intelectuales, que toman como artículo de fe las paparruchas de Montesquieu. (N. del T.)

2. Recuérdense las escenas de desenfadado libertinaje que pinta Voltaire en sus *Cuentos*, hablando del París de su tiempo. En ellas tomaban parte magistrados, abates, capitanes, etc. (N. del T.)

Esto se llamaba estar á la moda, como también describir á aquellos eunucos cuya suerte dramatizó y en cuyo retrato reconocía Sorel con mucha gracia « algo de Abelardo póstumo y de Triboulet anticipado ».

Estas cartas refieren una novela de estilo muy libre y divertido. La intriga da lugar á retratos y á escenas llenas de malicia é ingenio; en esto Montesquieu continúa á La Bruyere, á Saint-Simon y á Lesage en su *Diablo Cojuelo*. Este elemento de crónica escandalosa fué la principal causa de su éxito. Á veces se eleva la sátira á un tono más noble; el lenguaje se hace grave al hablar del papa, del rey, de la Iglesia y de la sociedad (carta 145); es la ironía del magistrado y del gran señor altivo, que á veces olvida á sus persas y habla con calor y elocuencia acerca de los deberes de los legisladores, acerca de la tolerancia, del honor, de los principios del gobierno republicano, y hace ya presentir el *Espíritu de las Leyes*¹. El efecto fué considerable. Alentado por este ensayo, vendió su cargo de presidente y se consagró á las letras, al mismo tiempo que á explotar sus viñas bordelesas. Fué recibido en la Academia francesa en 1727. Refiérese, aunque no está probado, que para hacerle admitir se sometió al cardenal de Fleury una edición de las *Cartas*, expurgadas de todas sus impurezas.

Es este un librito delicioso, ingenioso, divertido, lleno de observación y de verdad implacable, con más osadía y también más filosofía que el *Diablo Cojuelo*, en el que hace pensar. Los *Caracteres* de La Bruyère, el *Diablo Cojuelo* y las *Cartas Persas*, señalan el advenimiento de una ciencia nueva: la observación y la pintura verdadera de la gente y de la sociedad, sin deformación ni fantasía: es el origen de la novela de costumbres y del realismo.

En las *Cartas Persas* abundan las páginas encantadoras que son ya clásicas.

Estamos en París desde hace un mes y nos hallamos siempre en movimiento continuo. ¡ Qué de trajín! ¡ qué de pasos, antes de verse alojado, de hallar á las personas para quienes se traen visitas y de hallarse provisto de todo lo necesario! París es tan grande como Ispahán: las casas son tan altas que se diría que están habitadas por astrólogos. Figúrate una ciudad edificada en el aire, que tiene seis ó siete casas unas encima de otras, que está excesivamente poblada y que, cuando toda la gente sale á la calle, no hay medio de dar un paso. Acaso no me creerás, pero desde hace un mes que estoy aquí no he visto aún andar á nadie. No hay en el mundo gente que saque mejor partido de su máquina que los franceses: corren, vuelan: los pesados carruajes de Asia y el paso regular de nuestros camellos les harían des-

1. Este libro, lo mismo que el *Contrato Social*, *El Emilio*, etc., andaban en España y América en manos de todos los literatos, como lo prueba el siguiente pasaje del citado Cadalso: « Con esto... y haber leído el *Espíritu de las Leyes* de aquel célebre Presidente, y *El Contrato Social* del Ginebrino; para qué necesito ya otra cosa? » (*Eruditos á la violeta*, p. 153.) Véanse además las cartas de Jovellanos, Meléndez, etc., etc. (N. del T.)

márase. Por mi parte, como no estoy acostumbrado á este género de vida y ando con frecuencia á pie sin apresurar el paso, rabio á veces como un cristiano; porque pase que me salpiquen de lodo desde los pies á la cabeza, pero no puedo perdonar los codazos que recibo regular y periódicamente; uno que viene detrás de mí y pasa, me hace dar media vuelta, y otro que viene en sentido contrario, me hace dar otra media al revés; de suerte que, al cabo de unos cien pasos, estoy más molido que si hubiese andado diez leguas. Los habitantes de París son tan curiosos que rayan en la extravagancia. Cuando llegué me miraban como si fuese enviado del cielo: ancianos, hombres, mujeres y niños acudían á verme. Cuando salía á la calle todos se asomaban á las ventanas; si iba á las Tullerías no tardaba en verme rodeado de un círculo de gente; las mujeres mismas formaban en torno mío un arco iris matizado de mil colores; si iba al teatro, asestábanme cien catalejos. En fin, jamás fué hombre alguno objeto de tanta curiosidad como yo. Sonreíame á veces al oír á ciertos individuos que jamás habían salido de su casa, decir entre sí: « ¡Hay que convenir en que es un verdadero persa! Cosa admirable, hallaba retratos míos por todas partes: me veía multiplicado en todas las tiendas y en todas las chimeneas, tanto miedo tenían de no haberme visto bastante. Tanto honor no deja de fastidiar; yo no me creía hombre tan curioso ni tan raro y, aunque tengo formada muy buena opinión de mi persona, nunca me hubiera imaginado que pudiera llegar á turbar la tranquilidad de una gran ciudad donde no era conocido. Esto me obligó á decidirme á abandonar el traje persa y á vestirme á la europea, para ver si quedaba en mi fisonomía algo admirable. Desembarazado de todos los adornos extranjeros, me vi juzgado con más justicia. Tuve motivo para quejarme de mi sastre que me había hecho perder en un momento la atención y la estima del público; porque caí de pronto en la nada más espantosa. Á veces pasaba una hora en una reunión sin que nadie me mirase y sin tener ocasión de abrir la boca; pero si, por casualidad, anunciaba alguien que yo era persa, oía inmediatamente en torno mío como una especie de zumbido: « ¡Ah, ah! ¡conque el señor es persa! ¡Es cosa extraordinaria! ¿Cómo puede ser uno persa? »

Me ocurre una idea, añade otro; pongámonos de acuerdo para atribuirnos ingenio: asociémonos para esto. Cada día convendremos en lo que debemos hablar y nos auxiliaremos mutuamente. Convendremos en los pasajes que haya que aprobar y determinaremos cuándo hay que reír á carcajadas. Ya verás cómo damos tono á todas nuestras ocurrencias. Nos protegeremos con mutuos signos de cabeza. Tú brillarás hoy, y mañana me tocará á mí. Entraré contigo en una casa y exclamaré al presentarte: No puedo resistir al deseo de referiros la graciosa respuesta que el señor acaba de dar á un hombre que hemos encontrado en la calle. Diciendo esto, me volveré hacia ti.

El no se la esperaba y ha quedado asombrado. Recitaré algunos de mis versos y tú dirás: Cuando los hizo estaba yo presente; fué precisamente en una cena y no necesitó más que un momento. Con frecuencia nos burlaremos mutuamente uno de otro y la gente dirá: ¡Cómo se atacan y cómo se defienden, no se escatiman los golpes! Veremos en qué para esto. ¡Admirable! ¡Qué presencia de ánimo! ¡Vaya una batalla! Pero nadie pensará que lo habíamos ensayado la víspera. Habrá que escoger ciertos libros, que son colecciones de chistes y ocurrencias para uso de los que carecen de ingenio y que pretenden fingirlo: todo depende de tener modelos. Quiero

que antes de seis meses nos hallemos en disposición de poder conversar durante una hora sin dejar de decir chistes...

¿De qué me serviría hacerte una descripción exacta de su traje y de su tocado? Una nueva moda vendría á destruir toda mi obra y antes que recibieses mi carta habría cambiado todo. Una mujer que abandona á París para ir á pasar seis meses en el campo, vuelve casi tan anticuada como si hubiese estado allá treinta años. El hijo desconoce el retrato de su madre; tan extraño le parece el traje con que está retratada! Imagínase que es alguna americana y que se trata de un capricho del pintor.

Acerca de la coquetería de las mujeres (aun de las viejas), de las conversaciones, de la corte, de la ciudad, de los ministros, de los magistrados, de la Universidad, de los académicos, del café Procopio, del barrio latino, de los financieros, de los antiguos y de los modernos, del sistema de Law y del suicidio, ha escrito páginas llenas de encantadora viveza, de profundidad cubierta con amable disfraz y de estilo puro y vigoroso. Hasta sus utopías y sus sueños, sus teorías comunistas (léase su lindo episodio de los trogloditas) sus añoranzas del estado natural, se hallan expresados en forma tan agradable que hace pensar en Fenelón y que más tarde molestó y hasta irritó á Voltaire al escribir sus cuentos.

El éxito fué debido á la curiosidad, á la vena satírica, á la actualidad, á las alusiones y al carácter muy parisiense de aquellos orientales.

Las vestiduras persas fueron como un velo puesto entre la malicia del autor y el amor propio de sus modelos.

Entre tanto trabajaba Montesquieu en su obra magna. Completó sus lecturas, viajando por Hungría, Holanda, Suiza é Inglaterra, y tomó notas acerca de la política exterior y de las constituciones, como en su tiempo lo hiciera Aristóteles. En 1730 se hallaba de regreso en La Brède. En 1734 publicó sus *Consideraciones*, que forman un largo capítulo desprendido del *Espíritu de las Leyes*. Por esta época se había ya formado su *Filosofía de la Historia* y estaba preparado para escribir su obra maestra.

El *Espíritu de las Leyes* apareció en 1748. Si hasta 1848 fué este libro el texto respetado que se citaba como oráculo en las discusiones políticas y filosóficas, la ciencia política ha hecho desde entonces tantos progresos que Montesquieu se ha quedado muy atrás. Sin embargo su obra sigue siendo un hermoso libro que representa una gran etapa en la historia del pensamiento humano. Puede decirse, como de la *Historia Natural* de Buffon, que el libro revela un espíritu más vigoroso que la obra misma. Y este espíritu es el que interesa buscar y definir.

El plan de la obra es confuso. En sus treinta y un libros examina Montesquieu las leyes en sus relaciones con las circunstancias exteriores: gobierno, libertad, naturaleza y clima, con las circunstancias internas: costumbres, comercio y religión. Los cinco últimos libros son

como un apéndice ó anejo. Del conjunto se desprende el siguiente principio : desde el momento que los hombres se hallan en sociedad, pierden el sentimiento de su debilidad y empiezan la lucha.

Decía Hobbes que en el estado natural el hombre es un lobo para el hombre (*homo homini lupus*). La sociedad es una institución que tiene por objeto refrenar estos instintos crueles. Juan Jacobo Rousseau verá en la sociedad el acuerdo de algunos fuertes para oprimir á los débiles. Para Montesquieu la sociedad es el estado de guerra.

La obra tuvo veintidós ediciones en un año y fué alabada y atacada.

El asentista general Dupin hizo de ella una crítica severa en un folleto de escasa tirada que circuló clandestinamente. Voltaire hizo del libro un comentario bastante agrio. En realidad, en un libro tan grave por su objeto hallamos con demasiada frecuencia al autor de las *Cartas Persas* y abundan el ingenio, los capítulos cortos, los títulos graciosos (como este : « Para comprender este capítulo hay que haber leído el siguiente »), las bromas acerca de la esclavitud y de los autos de fe, y sobra el discreto. Voltaire no era demasiado injusto al reprocharle que se las echaba de guasón en un libro de jurisprudencia. El capítulo de la poligamia es muy divertido. El plan se resiente de falta de lógica; las transiciones son artificiales, los desarrollos no tienen enlace entre sí; es aquello una acumulación de notas y de lecturas con abundantes repeticiones. La división en tres clases de gobierno, monarquía, república y despotismo, contribuyó no poco á perturbar al lector, porque el despotismo no es forma de gobierno. Lo mismo una monarquía que una república pueden ser ó no despóticas. Si el despotismo se funda en el temor ¿quién ha demostrado que corresponda este honor á la monarquía y que la virtud sea patrimonio de la república? Reina en todo esto la indecisión y la confusión. Habla en forma tan diversa de la libertad que no se sabe lo que piensa acerca de ella. Abundan tanto los errores materiales que no hay que darles más importancia que á las fracciones en los grandes cálculos, como dice Villemain para defender á Montesquieu de los ataques de Destutt de Tracy. Lo que no se puede negar es que Montesquieu ha creado la importancia de la economía política, en un estilo de mérito relevante, laborioso sin duda, pero sobrio, exacto justo y vigoroso. Ha hecho entrar en la literatura ideas que eran muy extrañas á ella; hace á la jurisprudencia y al procedimiento disciplinas sociables, como Pascal lo había hecho con la teoría, y Fontenelle y Buffon con las ciencias. Su mirada tiene firmeza y lucidez y muchas de sus conclusiones se han visto luego confirmadas. Fué el primero que planteó los principios de la criminalidad, como hizo observar Beccaria. No inventó ni propuso constituciones ni leyes, sino que analizó y estudió las que existían, haciendo ver cuáles son las condiciones históricas á que obedecen.

Tuvo el don de percibir las relaciones que existen entre los hechos y las leyes. Todos los grandes historiadores que han venido después de él le deben lo que han sido. Es el padre de la ciencia histórica moderna.

La *Defensa del Espíritu de las Leyes* (1750), *Lisímaco*, *Arsaces*, el *Ensayo sobre el Gusto*, los *Pensamientos diversos*, las *Notas sobre Inglaterra* y algunas poesías ligeras completan el resumen de la carrera literaria de este magistrado viticultor y mundano. Recientemente se han encontrado y publicado algunas páginas inéditas suyas que tienen bastante sabor, y pensamientos que valían la pena de ser conocidos, como esta máxima ingeniosa :

« Los libros antiguos son para los autores y los nuevos para los lectores. »

Compartía el tiempo entre La Brède y París. La edad y los viajes le fatigaron y contrajo una enfermedad del pecho, que se llevó en 1755 al más serio y al más frívolo de los filósofos.

* * *

Vamos ahora á hablar de la *Enciclopedia* y de su director Diderot.

Dionisio Diderot (1713-1784) era hijo de un honrado cuchillero de Langres, inventor de una cuchilla é industrial muy estimado en su pueblo. Dionisio tenía una hermana de carácter muy vivo como él y un hermano cura á quien no veía nunca. Hizo sus estudios en el colegio de los jesuitas, donde tuvo malas notas; pero su inteligencia le conquistó éxitos que recordaba con cariño :

Uno de los momentos más agradables de mi vida que recuerdo como si fuese ayer, fué el en que mi padre me vió llegar del colegio con una brazada de premios que había obtenido y con los hombros cargados de coronas, que por ser demasiado anchas para mi cabeza se me habían colado. No bien me divisó cuando, abandonando el trabajo, salió á la puerta y se echó á llorar. ¡Qué hermoso espectáculo es el de un hombre de bien y severo que llora!

Sus escapatorias hicieron que le despidiesen del colegio. Tomó el mandil y se puso á trabajar en la cuchillería paterna, pero muy mal, tan mal que su padre le puso en París, en el colegio de Harcourt, para que reanudase sus estudios. Al terminarlos entró de pasante de procurador en casa del Sr. Clemente de Ris, donde desempeñó su empleo sin gran éxito y pasó el tiempo en estudiar para sí. Despedido por su patrón, vivió en una buhardilla y conoció la miseria. Una pobre criada, que llegó á pie de Langres, le trajo un poco de dinero que le enviaba su